

OLIVER PÖTZSCH

# EL SEPULTURERO Y EL CRIMEN DE LA CRIPTA

*Ocultismo, desapariciones y muerte  
en la Viena de 1895*



booket

**Oliver Pötzsch**

# El sepulturero y el crimen de la cripta

Traducción de Héctor Piquer Minguijón



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Der Totengräber und der Mord in der Krypta*

© Ullstein Buchverlage GmbH, Berlín. Publicado en 2023 por Ullstein Papberback

© por la traducción, Héctor Piquer Minguijón, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorialplaneta.es](http://www.editorialplaneta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta, a partir del diseño original de LookatCia

Imagen de la cubierta: © LookatCia

Mapa de las guardas: © Peter Palm

Primera edición en Colección Booket: noviembre de 2025

Dépósito legal: B. 18.434-2025

ISBN: 978-84-08-31075-4

Impreso en España

# I

## *Delante de la Ópera de Viena, la misma noche*

La Ópera de Viena brillaba con un tono amarillo cálido, igual que un ámbar de dimensiones colosales.

Desde la acera opuesta del Opernring, Julia veía cómo las luces centelleaban, fulguraban y resplandecían a través de las ventanas del enorme edificio. Por la ancha avenida de circunvalación transitaba un flujo interminable de fiacres que se detenían y escupían su preciosa carga: damas con vestidos henchidos y largos hasta los tobillos, coronadas con atrevidos sombreros y temerarios tocados, y hombres con frac y sombrero de copa, unos con bastones y otros con sedosos pañuelos de cuello. También había matronas entradas en años, ataviadas con collares de perlas y alhajas de oro, arrastrando tras de sí a sus frágiles maridos. Todos se congregaban esa noche de sábado en el pórtico de la Ópera, donde, al llegar, se saludaban haciendo inclinaciones y reverencias y besándose las manos. Una comunidad muy unida que acudía a su cita semanal.

Julia no vio a ningún niño. Pensó entonces en las exhaustas y explotadas institutrices y amas de cría que probablemente estaban cantando una nana a los mimados vástagos para que se durmieran. No pudo evitar sonreír. A Sisi, la hija de Julia,

también la estaban acostando, pero por una panda de prostitutas pintarrajeadas con colorete y un portero con cara de matón y grande como un armario ropero que estaba dispuesto a satisfacer cualquier capricho que saliera de la boca de la pequeña. ¿Qué tendrían que decir al respecto todos esos distinguidos miembros de la alta sociedad? Julia respiró hondo y cruzó el Ring con paso lento y ampuloso, la barbilla levantada y desprendiendo tal elegancia que los cocheros aminoraban la marcha, embobados a su paso.

—¡Aquí un humilde servidor, bella dama! —la piropeó uno de ellos levantándose el bombín—. ¿Adónde va tan sola?

—A la Ópera —respondió Julia hablando más para sí misma—. Voy a la Ópera de Viena.

Todavía no podía creer que estuviera a punto de entrar en ese símbolo de la ciudad, el edificio más importante del Ring, que incluso disponía de electricidad desde hacía ya varios años. Era casi imposible conseguir una butaca para la Ópera de Viena, pues la mayoría de las entradas se repartían entre los asiduos adinerados; en todo caso se podía encontrar alguna localidad de pie en las últimas filas, pero incluso estas eran escandalosamente caras. Sin embargo, Leo había echado mano de sus contactos. Las entradas del palco eran su regalo de cumpleaños para ella. Julia se sentía halagada de que a Leo no se le hubiera olvidado la fecha, aunque en un primer momento ella se hizo un poco de rogar. No le gustaba que le hiciera grandes regalos, pues siempre había tenido muy claro que Leo y ella venían de mundos muy distintos: él, de la aristocracia, y ella, de lo más bajo. ¿Cómo podía funcionar esa relación?

Habían atravesado numerosos altibajos desde su primer encuentro dos años atrás en la Jefatura de Policía de Viena, pero en los últimos meses se habían reencontrado con más asiduidad. La función de esta noche, justo el día de su cumpleaños,

era muy especial para Julia. Desde pequeña había soñado con visitar el famoso Teatro de la Ópera de Viena. Ahora, por fin, su sueño iba a hacerse realidad.

Entretanto ya había llegado a la fuente de mármol que habían elegido como punto de encuentro, a la izquierda de la entrada principal. Julia miró a su alrededor en busca de Leo, que, fiel a su costumbre de acudir a las citas en el último minuto, tampoco esta vez había aparecido todavía. Esperó junto al surtidor borboteante, tratando de aparentar que un vestido de noche azul oscuro y un sombrero con flores de seda era la cosa más normal del mundo para la joven hija de un humilde herrero de la remota región del Innviertel.

Julia notaba satisfecha las miradas envidiosas de algunas asistentes a la función. Estaba radiante, y lo sabía. Iba maquillada con sutileza, con su melena castaña recogida, y llevaba además un pequeño bolso y zapatos de tacón alto. ¡Como si esas damas tan supuestamente distinguidas se pasearan cada día luciendo esos modelos! Había pedido prestada la ropa a la Gorda Elli, la propietaria del Dragón Azul, el burdel en el que Julia seguía viviendo con su hija de cuatro años. El fondo de armario del prostíbulo contenía prendas valiosísimas; algunas eran regalos de los clientes a las chicas, pero la Gorda Elli las conservaba en su poder en concepto de alquiler de habitación.

Sonó un melodioso gong y entraron los primeros espectadores, pero no muchos. Era una calurosa noche de verano y algunos asistentes esperaron un poco más delante del Teatro de la Ópera. Julia pensó por un momento en encenderse un cigarrillo, pero no habría sido lo más adecuado. Las damas distinguidas del distrito primero no fumaban, eso era algo propio de las fulanas de los suburbios, de Ottakring o Neulerchenfeld, en el distrito decimosexto, donde Elli tenía su burdel.

Julia miraba nerviosa a su alrededor. ¿Dónde se habría meti-

do Leo? Si la dejaba plantada precisamente hoy, que era su cumpleaños... No quería ni imaginarse lo decepcionada que se sentiría. Pero justo entonces lo vio aparecer. Había saltado de uno de los fiacres estacionados cerca de la puerta de acceso y corría hacia ella agitando las entradas con la mano. Vestido, como tantas otras veces, con su frac negro recién planchado, camisa blanca inmaculada y su rígido sombrero Homburg, parecía un joven aristócrata, justo lo que en realidad era. Esbozó una tímida sonrisa, casi de colegial.

—Por poco me dejo las entradas en la pensión.

—Y me temo que algo más —replicó Julia con sorna.

—De eso, nada —dijo Leo sacándose una rosa de debajo del frac y entregándosela con una elegante reverencia—. Feliz cumpleaños, señorita Wolf. ¡Y por muchos más años felices juntos!

—Gracias, muy considerado de tu parte. —Julia no pudo disimular una sonrisa y sintió que se ruborizaba. Como siempre, Leo hablaba un alemán central puro, circunstancia que a menudo le hacía ganarse la antipatía de los vieneses—. Lo que dudo que encontremos en la ópera es un jarrón para poner la rosa en agua.

—Podemos meterla en una copa vacía. He pedido que nos traigan champán y canapés al palco en el entreacto.

Julia puso los ojos en blanco.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan fanfarrón, Leo?

—Bueno, qué menos que una botella de champán cuando la Reina de la Noche es la mismísima Vanotti. Dicen que su voz hace estallar las copas. —Leo suspiró teatralmente—. ¡Si no estuviera contigo, caería rendido a sus encantos!

—La Vanotti es una ballena —se burló Julia—, solo que sabe disimularlo muy bien con esa ropa tan holgada.

—Una ballena que canta como los ángeles. Es una de las mejores sopranos de nuestro tiempo —replicó Leo, y le guiñó un

ojo a Julia—. Sin embargo, reconozco que prefiero tu voz. Sin público, a ser posible. Y sin ropa.

Julia cantaba de vez en cuando en La Caverna, un bar de Neulerchenfeld que formaba parte del burdel de Elli. Había llegado a Viena hacía muchos años para convertirse en cantante, pero las circunstancias de la vida, que incluían una hija ilegítima, se habían interpuesto en ese camino.

—Va, entremos —dijo Julia tendiéndole el brazo—. Me encanta notar en la espalda las miradas de esas señoronas celosas cuando Julieta, de la mano de su Romeo, sube la gran escalinata de la Ópera. Solo espero que no se me rompa el vestido si respiro demasiado hondo, eso sería...

Se interrumpió en medio de la frase y Leo la miró asombrado.

—¿Qué pasa?

Julia hizo un leve movimiento con la cabeza y murmuró casi en silencio:

—Allí arriba, junto a la columna de la izquierda. ¿Lo ves? Leo miró y dio un sutil resoplido.

—¡Lo que me faltaba! No sabía que al jefe le gustara la ópera.

En efecto, allí estaba el jefe superior de policía Moritz Stukart. Como siempre, iba impecablemente vestido, con un chaleco muy ceñido, cuello de pajarita y el pelo engominado con la raya a un lado. Sobre el puente de la nariz llevaba sujetos unos quevedos a través de los cuales observaba con atención a todos y cada uno de los asistentes a la función.

—Tengo un mal presentimiento —dijo Leo a Julia en voz baja—. Agacha la cabeza, ¡rápido!

Demasiado tarde. Stukart ya los había visto. El jefe superior de policía levantó el dedo índice al tiempo que enarcaba una ceja, lo que Julia interpretó como una clara invitación a acercarse a él.

—¡Maldita sea! ¿Y ahora qué le decimos? —masculló ella entre dientes—. No parece que estemos precisamente en una misión.

Leo y Julia trabajaban en la Jefatura de Policía de Viena. Él era inspector jefe en la llamada Oficina de Seguridad y ella fotógrafa forense en escenarios del crimen. Leo le había conseguido el puesto después de su primer caso y, con el tiempo, Julia había logrado que el resto de los compañeros masculinos llegaran a aceptarla. Sin embargo, los líos amorosos entre empleados estaban prohibidos. La relación entre Leo y Julia era, por lo tanto, secreta. Pero los más próximos en la Jefatura seguro que sospechaban algo.

—Inspector Von Herzfeldt —saludó Stukart cuando por fin estuvieron ante él. Alzó su sombrero—. Celebro muchísimo haberlo encontrado.

Hasta ese momento no le había dirigido ninguna mirada a Julia.

—El placer es mío, jefe superior. —Leo le devolvió el saludo con una leve inclinación—. ¿También le gusta la ópera? ¿Qué bien! Desconocía esta afición suya, sobre todo teniendo en cuenta que en *La flauta mágica* no hay grandes muertes, ni un solo asesinato. Solo un viejo dragón.

—Bueno, digamos que me identifico con nuestro emperador —aclaró Stukart—. Él utiliza su reservado de la ópera más bien para reuniones.

—¿Una reunión...? —Leo frunció el entrecejo y carraspeó—. Tal vez no lo sepa, jefe superior, pero esta es mi noche libre. ¿Cómo sabía que estaba aquí?

—Me lo ha dicho su casera, la he llamado por teléfono antes de venir —explicó Stukart esbozando una sonrisa—. ¡Celebro que tenga conexión telefónica en su domicilio, Herzfeldt! Es extraordinariamente útil cuando se presenta una emergencia. Sueño con que un día habrá pequeños aparatos telefónicos por-

tátiles que mis inspectores llevarán siempre encima, pero supongo que todavía falta mucho para eso.

—¡Una emergencia? Yo..., no entiendo... —balbuceó Leo—. Leinkirchner está de servicio. ¿Por qué no...?

—Mire, mejor se lo explico todo en el fiacre y así no perdemos tiempo. Y como da la casualidad de que la señorita Wolf está aquí —la mirada de Stukart se posó por primera vez sobre Julia, y su ceja, peluda como una oruga, dio un respingo—, también tengo una misión para usted. Diríjase a la Jefatura a toda prisa y coja su equipo fotográfico. Tome un fiacre por cuenta de la policía. Luego nos reuniremos todos en la cripta de la catedral de San Esteban, en el acceso exterior de la capilla de la Santa Cruz. Y les ruego la máxima discreción.

—¿En la cripta? —preguntó Leo—. Pero...

—Se trata de un asunto delicado, necesito a alguien con un poco de tacto, alguien como usted, Herzfeldt. ¡En marcha! Mi coche de oficial espera en la entrada.

Julia se había quedado tan perpleja y decepcionada que no era capaz de articular palabra. Sabía que Stukart los tenía a ambos en un puño. Ir a la ópera con un inspector, y encima siendo su subordinada, bastaba para recibir una sanción administrativa, incluso podía ser motivo de despido. Pero tanto más sorprendida quedó cuando la voz de Stukart adquirió un repentino tono cálido al dirigirse a ella.

—Oh, señorita Wolf. Hace poco revisé su expediente. Quizá sepa que los números son mi debilidad. Por ello, antes de que se me olvide... —se inclinó e hizo el gesto de besarle la mano—, le deseo un feliz cumpleaños, en mi nombre y en el de la Jefatura de Policía de Viena.

La puerta del coche de caballos se cerró de golpe y las ruedas retumbaron sobre los adoquines de la avenida del Ring. Du-

rante un buen rato, los dos hombres permanecieron callados cara a cara. Stukart contemplaba pensativo el cielo nocturno a través de la ventanilla. Al cabo, Leo estalló:

—¿Sabe lo que me han costado las entradas para la ópera? ¡Eran de palco!

—Por lo que sé, cincuenta y seis coronas por dos asientos de palco en tercera fila —respondió Stukart encogiéndose de hombros—. En mi opinión, excesivamente caras, incluso si las compró a precio de ganga a la secretaria del director general de la Policía.

Leo tragó saliva. Una de las cualidades más sobresalientes de Stukart era la de estar siempre muy bien informado, si bien en esta ocasión no había incluido en su cálculo el ramo de flores ni el montón de zalamerías que Leo había invertido en la secretaria.

—No es por el dinero —dijo con evasivas—. Es más bien el valor... sentimental.

Leo intentaba disimular su enojo. El hecho de que su superior lo hubiera pillado justo antes de entrar en la ópera era más que fastidioso. Había estado esperando con mucha ilusión esa velada con Julia y Maria Vanotti, la soprano italiana aclamada en toda Europa. A Leo le encantaba la ópera, y *La flauta mágica* era la primera a la que había asistido con su madre en Graz. Pero, por encima de cualquier ópera, Leo amaba a Julia. Solo podía esperar que Stukart no utilizara contra él esa salida juntos.

—¡Pero, por favor! ¡Si *La flauta mágica* es una obra infantil! —objetó Stukart—. Además, seguro que puede cambiar las entradas o acudir a otra función. Hablaré con el director general de la Policía; tiene un palco privado que casi nunca utiliza.

—¡Es mi día libre! —volvió a protestar Leo—. Sigo sin entender por qué el compañero Leinkirchner no puede...

—¡Deje de quejarse, por Dios! Espere a que le cuente lo sucedido, estoy seguro de que lo entenderá. —Stukart respiró hondo y continuó en voz baja—: ¿Le suena el nombre de Theodor Lichtenstein?

—Lichtenstein, mmm... —Leo se encogió de hombros—. La verdad es que no. ¿Debería?

—Como persona abierta a los nuevos métodos de la criminalística moderna, Herzfeldt —replicó Stukart decepcionado—, debería usted conocer al doctor Lichtenstein. Theodor Lichtenstein es un médico y psicólogo de renombre en el nuevo campo de la criminalística. O, mejor dicho, lo era. Hace una hora ha sido encontrado muerto en la cripta de San Esteban. Los documentos de identidad hallados en su traje y la descripción de la víctima no dejan lugar a dudas.

—Probablemente asesinado —intervino Leo—; de lo contrario, no habría venido a buscarme a la ópera.

—Eso... aún no está del todo claro —apuntó Stukart vacilante—. Bueno, hay ciertos indicios de asesinato...

—¿Indicios de asesinato? ¿A qué se refiere?

El jefe superior de policía suspiró.

—Mire, yo también me he enterado del caso por casualidad. Estaba en mi despacho cuando recibimos una llamada de un guardia del distrito primero. De momento, todo apunta a un infarto, pero la llamada estuvo motivada por... circunstancias especiales. El cuerpo ha sido descubierto por un grupo de visitantes en la cripta de San Esteban. Lo cierto es que está prohibido entrar allí, pero por lo visto el sacristán la utilizaba para sacarse un sobresueldo... —Stukart se encogió de hombros—. En cualquier caso, reinó el caos. Una corriente de aire apagó las velas, uno de los visitantes perdió el conocimiento durante un breve espacio de tiempo, la gente creía haber visto un fantasma...

—Pues ahí tiene la explicación —arguyó Leo—. Por lo que he oído, en la cripta de San Esteban se amontonan grandes cantidades de esqueletos y calaveras. Un ruido perturbador, una montaña de huesos que empieza a desprenderse... Es normal que alguien pueda sufrir un infarto.

Stukart negó con la cabeza.

—¡El doctor Lichtenstein gozaba de una salud de hierro! Con cincuenta años, todavía era miembro del Club de Remo del Danubio, era vegetariano y nunca bebía más de un vaso de oporto por la noche. Ni un montón de huesos podría trastornarlo, ¡y menos aún siendo médico!

—Con su permiso, jefe superior, ¿cómo sabe todo esto?

—Pues porque... —Stukart dejó escapar otro suspiro y volvió a mirar a través de la ventana hacia el cielo oscuro, como si allí fuera a encontrar una respuesta. Respiró hondo y dijo—: Porque jugábamos al ajedrez una vez a la semana, por eso lo sé. Theodor Lichtenstein era uno de mis mejores y más viejos amigos. Nos conocíamos desde la época del colegio.

Leo guardó silencio durante un rato mientras el coche se dirigía hacia la catedral de San Esteban. El relincho de los caballos y el chasquido de los látigos sonaban en el exterior.

—Entiendo —dijo por fin—. Mis condolencias. —Además, creyó comprender por qué Stukart lo había puesto a él en el caso y no a su compañero Leinkirchner. Carraspeó y preguntó—: ¿Acerto al suponer que el doctor Lichtenstein era judío?

Stukart asintió con la cabeza. Su silencio era para Leo más elocuente que cualquier palabra. En la Jefatura de Policía, la hostilidad hacia los judíos estaba tan extendida como entre el resto de la población vienesa, quizá incluso más. El inspector jefe Leinkirchner, superior inmediato de Leo, era considerado un antisemita especialmente contumaz. En más de una ocasión se había enfrentado por ello con Leo, que tenía raíces ju-

días. Stukart también venía de una familia judía, pero los pocos que lo sabían tampoco se atrevían a divulgarlo a los cuatro vientos. El jefe superior no había llegado a lo más alto de la Oficina de Seguridad de Viena gracias a su simpatía y su trato afable, sino porque era el mejor en muchas cosas, incluida la de acordarse de sus enemigos y vengarse en el momento oportuno.

—Nunca pensé que tendría que decírselo algún día, Herzfeldt —habló por fin Stukart mientras el fiacre con la capota cerrada atravesaba la Stephansplatz—, pero los judíos debemos permanecer unidos. Nadie tiene por qué enterarse de que no puedo ser imparcial en este asunto, así que me mantendré al margen de la investigación en la medida de lo posible. Pero me gustaría resolverlo.

—Aunque su amigo estuviera rebosante de salud, su corazón podría haberse parado de repente —objetó Leo—, ocurre más a menudo de lo que pensamos. Por lo tanto, supongo que debe de haber otro motivo que le haga pensar que no ha sido un accidente. ¿Me equivoco, jefe superior?

Stukart asintió con la cabeza.

—No se equivoca.

El carruaje se detuvo y Leo vio a través de las cortinillas la silueta negra de la catedral de San Esteban. En la plaza todavía quedaban muchos noctámbulos, algunos estaban sentados en las terrazas de los cafés bajo la luz de las farolas de gas.

Stukart se asomó por la portezuela y gritó al cochero que estaba sentado en el pescante:

—¡Pare un momento! El señor se apea aquí. —Se incorporó en su asiento y dijo en voz baja—: Mi amigo Theo era un poco..., bueno, un poco especial. Sabe usted lo que son las sesiones de espiritismo, ¿verdad?

—¿Se refiere a esas reuniones donde los participantes se

sientan alrededor de una mesa e invocan al espíritu de su bisabuelo fallecido? —respondió Leo con tono sarcástico.

Las sesiones de espiritismo eran cada vez más populares en Viena, sobre todo como entretenimiento nocturno entre miembros de la alta sociedad. Leo consideraba que esas invocaciones eran una pura estupidez y, en el peor de los casos, incluso una estafa. Frunció el ceño y preguntó:

—¿Su amigo era espiritista?

—No, por Dios. ¡Todo lo contrario! Theo se había propuesto poner al descubierto esa patraña, y lo hacía acudiendo de incógnito a las sesiones espiritistas y destapando el engaño. ¡Se han armado verdaderos escándalos! El sábado pasado volvió a ocurrir. Incluso los periódicos hablaron de ello, pero solo en las columnas de cotilleos. Quizá por eso no se haya enterado —precisó Stukart sonriendo por lo bajo antes de retomar el tono grave—. Poco después de esa sesión y de la publicación del artículo en el periódico, Theo vino a mi casa. Estaba muy afectado. Mientras jugábamos al ajedrez, me habló de la última sesión espiritista y comentó que se sentía amenazado. Cuando le pregunté por qué, guardó un silencio sepulcral. No volvimos a hablar de ello, por desgracia.

Leo dio un resoplido.

—Y ahora su amigo yace muerto ahí abajo, en la cripta de San Esteban. Seguro que el escándalo en la prensa ha puesto en su contra a alguno de esos espiritistas chiflados.

—Sobre todo porque estaba escribiendo un tratado contra el espiritismo —dijo Stukart—. Conociendo a Theo, seguro que iba a ser una diatriba ferocísima.

Leo asintió pensativo.

—Entonces, puede que exista un móvil para el asesinato. ¿Dónde tuvo lugar la última sesión a la que asistió?

—Verá, eso hace que el caso sea algo delicado. —Stukart se

aclaró la garganta—. La sesión tuvo lugar en la vivienda de Maria Vanotti, aquí, en el distrito primero.

—¿Vanotti? —Leo enmudeció por un momento—. ¿No se referirá a la diva de la ópera? —consiguió decir al fin.

—La misma —asintió el jefe superior—. Parece que, después de todo, va a tener su función, Herzfeldt. Y, por si fuera poco, una función privada, en primera fila.

Stukart golpeó en el cubículo del carruaje y el cochero abrió la portezuela.

—Manténgame informado del caso —dijo Stukart volviéndose hacia Leo—. ¡Y ninguna palabra de que sigue órdenes mías! De lo contrario, se habrá armado la gran conspiración judía. Ya sabe a lo que me refiero. ¡Buena suerte, Herzfeldt!

Leo estaba a punto de salir, pero el jefe superior lo retuvo una vez más.

—Una mano lava la otra, y ambas, la cara —dijo Stukart en voz baja—. Usted esclarece el caso y yo haré como que no he visto a la señorita Wolf en la ópera. Y en la Jefatura también haré la vista gorda. Por lo demás, creo que hacen buena pareja, no solo profesionalmente. *Mazel Tov!*

Dicho esto, Stukart cerró la portezuela, el carruaje partió y Leo se quedó solo frente a la inmensa catedral de San Esteban, cuya silueta oscura se perfilaba entre las numerosas farolas de gas de la plaza.

La entrada de la capilla de la Santa Cruz estaba situada en la esquina noroeste del templo. Frente a ella se había congregado un corrillo de personas iluminado por una solitaria lámpara de queroseno que sostenía un guardia con mostacho. Al acercarse, Leo oyó un llanto infantil. Una dama con un elegante sombrero consolaba a una adolescente, a la que acompañaban también su padre y una muchacha más joven, así como un hombre mayor

con una larga túnica negra, presumiblemente el sacristán. Todos tenían la tez pálida y las criaturas temblaban a pesar del calor y el bochorno reinantes incluso a esas horas de la noche. La ropa de la familia estaba manchada y tenía restos de telarañas. Cuando Leo se alzó el Homburg para saludar, se dio cuenta de que el frac de ópera y la pajarita no eran el atuendo más apropiado para un inspector de policía.

El guardia lo miró desconcertado.

—¿Usted es...? —inquirió titubeante.

—Inspector Leopold von Herzfeldt. Buenas noches, caballeros —comenzó Leo sin rodeos—. Y no, este no es el nuevo uniforme de la policía de Viena, vengo de la ópera. Gracias por la espera.

Trató de reprimir la consternación por lo que el comisario acababa de contarle. ¡La Vanotti, espiritista! ¡E implicada en un posible caso de asesinato! Si los periódicos se enteraban, el revuelo en las cafeterías a la mañana siguiente sería mayúsculo.

Intentó concentrarse de lleno en el interrogatorio que tenía por delante.

—¡Inspector, por fin! —exclamó la dama apretando a su llorosa hija contra la pechera—. ¿Se da cuenta de que nos están perdiendo demasiado? Primero, ese horripilante... hallazgo. Y ahora, este grosero gendarme no nos deja volver a casa. Llevamos más de una hora esperando mientras *otros* lo están pasando bien en la ópera —añadió, lanzando una mirada enfurecida al frac de Leo—. Nuestras niñas nunca podrán olvidar lo que han visto esta noche, y probablemente yo tampoco... —Con las manos temblorosas, sacó un frasquito de sales de amoníaco y aspiró de él—. Era como si..., como si ese pobre hombre muerto me estuviera mirando..., como si fuera un espíritu... —Se volvió hacia su marido y, con la voz entrecortada, le gritó—: ¡Di algo, Heinz Rüdiger!

—¡Esto es una retención ilegal! —rezongó el marido.

—Yo lo llamaría interrogatorio de testigos —respondió Leo cansado. Tampoco estaba muy convencido de que el interrogatorio sirviera de mucho—. ¿Ha tomado los datos personales de esta familia? —preguntó al guardia.

El gendarme mostachudo se llevó la mano al casco.

—¡Sí, señor inspector! —Esbozó una sonrisa y añadió—: Incluidos los de esos universitarios de allí, que, con su permiso, no parecen andar muy finos. Ya han vomitado dos veces.

Leo miró a los dos jóvenes de rostro lívido que estaban apoyados en una lápida de la catedral. Era evidente que habían bebido más de la cuenta, pero también era muy posible que su estado se debiera a lo que acababan de presenciar en la cripta.

—Entonces, acabemos con esto cuanto antes —dijo Leo sacando la pequeña libreta que siempre llevaba consigo—. Todos queremos irnos a la cama.

Hizo unas preguntas rutinarias y tomó algunas notas. Luego dejó marchar a la familia de Frankfurt y a los universitarios, que se fueron visiblemente aliviados. Por último, se dirigió al sacristán.

—Usted se va a quedar un rato más.

El empleado eclesiástico acató la orden con resignación, consciente de que no se iba a librar con tanta facilidad como los demás.

El inspector sacó su reloj de bolsillo.

—Estoy esperando a una persona, la fotografía forense. Debe de estar al caer.

—Fotografía forense, vaya, vaya —comentó el guardia sacudiendo la cabeza—. Antes no hacía falta tanta parafernalia. Y encima, ¡una mujer! Además, ya he inspeccionado el lugar del crimen. El panorama no es precisamente agradable ahí abajo, pero, si me lo pregunta, señor inspector...

—No le he preguntado nada —replicó Leo—. Deje que los

expertos nos encarguemos del caso, y ello incluye a la señorita fotógrafa forense.

El guardia se enervó. Estaba a punto de responder, cuando un coche de dos caballos de color negro entró en la Stephansplatz.

—Ahí llega —dijo Leo aliviado.

Julia se bajó del carruaje cargada con un pesado maletín y un trípode. Todavía llevaba puesto el vestido azul oscuro de la ópera, pero en la Jefatura del Schottenring se había cambiado los zapatos de tacón alto por otros más cómodos.

Leo fue a su encuentro con una sonrisa forzada.

—Señorita, está usted tan radiante como siempre. ¿Me permite que le lleve su bolso de noche?

—Cierra el pico —dijo Julia en voz baja—. Sé que no es culpa tuya, pero ahora mismo no estoy para bromas. ¡Me había imaginado una velada muy distinta!

—Yo también, te lo aseguro. Al menos, el caso es tan emocionante o más que el *Don Giovanni* de Mozart. Atiende...

Con pocas palabras, Leo le puso al corriente de los detalles.

—En mi opinión, todo parece un poco rebuscado —dijo al fin Julia—. Tenía al jefe superior Stukart por una persona más razonable, por muy amigo suyo que fuera la víctima. ¿Qué crees que es más probable en el caso de una persona mayor y respetable? ¿Un asesinato o un ataque al corazón?

—Mira, si hacemos nuestro trabajo, Stukart hará la vista gorda en lo que a nosotros dos se refiere —respondió Leo encogiéndose de hombros. Señaló entonces la capilla situada detrás de ellos, donde esperaban el sacristán y el guardia—. Va, si nos damos prisa quizá tengamos tiempo de pedir una jarrita de vino en la Stephansplatz, ya que estamos aquí.

Acompañados por el sacristán, accedieron a la entrada de la cripta. Leo hizo un gesto al guardia con la cabeza y le dijo:

—Quédese fuera y vigile el acceso. Nadie puede entrar aquí, ¿me ha oído?

—¡A sus órdenes, inspector! —acató el gendarme dando un obediente taconazo.

Mientras bajaba las escaleras, Leo se alegró de llevar puesto el abrigo. ¡Era increíble el frío que podía hacer en una cripta! Se subió las solapas del cuello y, con el pesado maletín de Julia en la mano, trató de no patinar sobre los resbaladizos escalones. El sacristán había tomado prestada la lámpara de queroseno del guardia, pero esta iluminaba mal las catacumbas. La luz no dejaba entrever más que un montón de pálidos huesos y cráneos.

—¿Decía usted que conocía a la víctima de otra visita guiada? —preguntó Leo al eclesiástico mientras avanzaban de una cámara a otra. Su voz resonaba en los muros de piedra.

—Pues sí —respondió afligido el sacristán—. Había venido con el grupo que llevé a la cripta ayer por la noche. Nadie ha bajado aquí desde entonces.

—¿Y al volver no se dio cuenta de que faltaba uno?

—Era un grupo muy numeroso, no me fijé demasiado. Además, tenía prisa. Si alguien nos hubiera visto salir de aquí...

—Se metería en un buen lío, claro —asintió Leo—. Pues bien, ahora sí que está metido de lleno. Y en un lío muy gordo, esta vez.

—Yo... no quería ningún mal a nadie —se lamentó el sacristán—. ¿A quién le importa si la gente viene a pasar miedo? Bueno, tal vez no tendríamos que contribuir necesariamente a asustarlos, ¡pero es lo que la gente busca! Supongo que esas nuevas novelas de terror tienen algo que ver. Fantasmas, vampiros, monjes negros...

—¿A qué se refiere con contribuir? —quiso saber Julia, que cargaba con el trípode al hombro. Vestida de noche en aquella

cripta, a Leo le recordó al fantasma de una dama de otros tiempos.

—Bueno..., pues... —balbuceó el sacristán—. De vez en cuando los turistas te ofrecen alguna propina para que asustes a sus amigos o compañeros de trabajo. Entonces le pido a un compinche que se esconda detrás de las osamentas y que aülle y gima un poco. A veces le pido que se cubra con una túnica blanca.

—¿Se dedican a jugar a los fantasmas aquí abajo? —preguntó Leo perplejo.

—¡Es solo una broma! —se lamentó el sacristán—. ¡No hacemos daño a nadie y a la gente le divierte! Además, ¿sabe lo que gana aquí, inspector? Con mi sueldo apenas puedo comprar carbón en invierno. ¡No se chive al obispado, se lo ruego!

—Entonces, ¿ayer y hoy ha habido baile de disfraces por aquí? —preguntó Leo haciendo caso omiso de los ruegos del viejo servidor eclesiástico. Se quedó pensativo. Si el doctor Lichtenstein había muerto de un infarto, el desencadenante podría haber sido un fantasma terrorífico.

—¡No, por mi honor! —respondió el sacristán—. Solo lo hacemos en contadas ocasiones, y solo si nos lo piden. Además, no creo que la broma hubiera dado resultado con el malogrado caballero.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Julia, que, con visible aversión, andaba a tientas junto a algunos cadáveres momificados que yacían entremezclados como muñecos.

—Bueno, parecía una persona muy escéptica. No paraba de hacer preguntas, quería saberlo todo al detalle. Si le soy sincero, era un verdadero pelmazo; pero no está bien hablar mal de los muertos... Por cierto, ahí está.

El sacristán elevó la lámpara de queroseno y señaló un rincón. Leo entornó los ojos y distinguió un cuerpo sin vida que

yacía detrás de un montón de huesos y cráneos macilentos. Reparó en un sombrero de copa que sin duda se había desprendido de la cabeza del muerto.

—¿Ha tocado algo? —le preguntó al sacristán.

El hombre sacudió la cabeza.

—Ni un hueso, ¡lo juro!

Mientras Julia preparaba la cámara y el trípode, Leo se abrió paso entre los escombros y las osamentas enmohecidas. El cadáver yacía en el lado opuesto de la estancia. Llevaba un traje negro con alguna mancha, una pequeña perilla y aparentaba unos cincuenta años. Las gafas se le habían desplazado a un lado y le colgaban de una oreja por una varilla. Tenía la mirada sin vida clavada en la oscuridad y la boca abierta lanzando un grito mudo de terror.

«Como si hubiera visto un fantasma de verdad», pensó Leo en un primer momento, pero borró la idea rápidamente de su cabeza. El tétrico entorno le estaba haciendo empezar a creer en fantasmas.

El inspector trató de imaginar la partida de ajedrez de hacía unos días entre Theodor Lichtenstein y el jefe superior Stukart. El doctor había comentado que recibía amenazas. Pero ¿de quién? ¿Y por qué? Pensativo, Leo palpó los rígidos brazos del cadáver. El *rigor mortis* aún no había remitido y el viejo sombrero de copa yacía en el suelo a un metro de distancia.

—¿A qué hora fue la visita guiada de ayer? —preguntó Leo volviéndose hacia el sacristán que, desconcertado, mantenía una cierta distancia.

—Más o menos como siempre, sobre las ocho de la tarde. Aquí abajo estuvimos quizá una hora. En esta cámara entramos al final. Siempre la dejo para el último momento porque... bueno, porque es especialmente terrorífica.

—¿Y lleva a los visitantes hasta este rincón? —quiso saber Leo.

—No, el hombre debió de llegar hasta aquí por iniciativa propia. Yo no lo habría permitido. ¡Nunca nos apartamos de los caminos marcados! Como le he dicho, era un caballero muy curioso. Tuvo que llegar hasta aquí después de que yo volviera con el grupo. Puede que buscara algo.

—Quizá a algún payaso cubierto con una sábana. —Leo olfateó—. Huele como a humo de puro, ¿verdad?

El viejo sacristán asintió.

—Ahora me acuerdo. El hombre estuvo fumando aquí abajo. Le dije que no lo hiciera, porque luego no es fácil limpiar esto de humo. Guardó el puro, pero es posible que volviera a sacarlo más tarde.

—Mmm... —Leo olisqueó de nuevo. El traje del cadáver olía a humo frío. Era evidente que el doctor Lichtenstein había sido un fumador empedernido. Sin embargo, había algo más...

«Pero ¿el qué?»

—¿Has terminado tu inspección? —preguntó Julia, que entretanto ya había preparado el equipo fotográfico, una cámara Goldmann que Leo le había regalado hacía algún tiempo, consistente en una caja de madera con un fuelle. El aparato estaba montado sobre un trípode de madera de tilo que cojeaba ligeramente entre los escombros y los huesos. La joven fotógrafa sostenía una especie de bandejilla en la que había depositado un polvo de color blanco—. Si es así, ayúdame con la lámpara de destello, que yo sola no puedo.

—Un momento.

Leo se inclinó sobre el cadáver y lo examinó con más detenimiento. La mano derecha del muerto estaba cerrada en un puño. Leo no pudo abrirla debido al *rigor mortis*, pero descu-

brió unas hebras marrones entre los dedos rígidos. Se agachó y las olió.

El corazón le empezó a latir más rápido al reconocer el olor.

«Stukart podría estar en lo cierto.»

Con creciente excitación, se volvió hacia Julia.

—Cuando hayas hecho las fotografías enviaré un recadero al profesor Hofmann, del Instituto de Medicina Forense, para avisar de que vengan a recoger el cadáver y lo examinen en profundidad. Sobre todo el puro —precisó, señalando el puño cerrado del cuerpo sin vida—. El doctor Lichtenstein todavía tiene restos de la colilla en la mano.

—Había fumado, ¿y qué? —replicó Julia, escéptica.

—Pues que en el momento de morir seguía sosteniendo el puro en la mano, incluso agarrándolo con fuerza. Pero hay algo más...

Se oyó una sacudida. Unos huesos cayeron al suelo provocando un estrépito y Leo se sobresaltó. Maldita sea, ¡esas historias de fantasmas podían volverlo chiflado a uno!

—¿Quién anda ahí? —gritó en la oscuridad. Se volvió hacia el sacristán y le recriminó—: Por Dios, ¡haga el favor de iluminar bien! ¡No se ve a un palmo de la cara!

El viejo zarandeo la lámpara y Leo vio una silueta a la entrada de la estancia. Caminaba algo encorvada, con las manos extendidas hacia delante y emitiendo un sonido de pasos arrastrados.

«¡Un muerto viviente!», pensó por un momento.

Pero entonces vio que el muerto viviente llevaba un moderno traje de verano de color claro y sombrero de paja.

Además, blasfemaba con un cerrado acento vienés.

—¡Hostia consagrada! ¡Qué oscuro está esto! ¡Como el culo del Gran Visir!

—¿Quién es usted? —gritó Leo—. ¿Qué se le ha perdido por aquí?

El hombre apareció entonces a la luz de la lámpara de queroseno. Tendría unos treinta años, era alto, de complexión atlética y llevaba bigote de lápiz encima del labio.

—Soy Harry Sommer, del *Neues Wiener Journal* —dijo el hombre parpadeando—. Un placer, inspector. —Sacó su bloc de notas y un lápiz—. Parece que han encontrado un muerto en la cripta de San Esteban. —Esbozó una sonrisa sarcástica y continuó—: Un cadáver fresco, quiero decir, no un montón de huesos. ¿Puede darme algún detalle...?

—¡Maldita sea! ¿Quién le ha dejado entrar? —lo increpó Leo.

—Pues el guardia —respondió el periodista encogiéndose de hombros—. Bueno, en realidad no me ha dejado entrar, pero la libertad de prensa exige que...

Se oyó otra sacudida, luego un grito corto y un gemido. El guardia entró a trompicones en la cámara con las manos en las rodillas. Al parecer, acababa de caer encima de unos huesos.

—¡Mil disculpas, inspector! El tipo no callaba y de repente se coló...

—¡Desaparezcan de inmediato de la escena del crimen! —ordenó Leo—. ¡Los dos!

—Conque una escena del crimen... —El periodista empezó a tomar notas—. ¿Cuál es el crimen, exactamente?

—¡No es asunto suyo! —Leo se acercó con paso firme al insolente individuo y lo agarró del brazo. Era más alto y corpulento que el inspector, pero no opuso ninguna resistencia.

—¡Eh! ¿Cómo se atreve? —gritó el reportero—. No puede...

—Claro que puedo, ¡sobre todo si no desaparece ahora mismo! Puedo por ejemplo arrestarlo por interferir en la labor policial. —Leo se volvió hacia Julia—. ¿Puedes arreglártelas sola con las fotografías? Creo que este señor y yo tenemos que discu-

tir algo afuera. —Se dirigió entonces al guardia, que respiraba con dificultad—: ¡Y con usted también! Me temo que una señorita habría controlado mejor la puerta, ¡tarugo!

Leo agarró al reportero y lo sacó a rastras de la cámara, ignorando sus protestas.

Al hacerlo, no se percató de que el hombre, con un gesto cómplice y cariñoso, le guiñó un ojo a Julia.